

La DANA y la dignidad de la política



Rafael Simancas
Subdirector de TEMAS

En la política, como en las demás facetas de la vida, se puede acertar y se puede fallar. Se puede actuar conforme a unos valores u otros. Aciertos, desaciertos y valores están sujetos a discusión y se discuten. Pero hay un límite en el comportamiento aceptable de una persona. Y cuando se traspasa ese límite, se cae en la indignidad.

El presidente de la Generalitat Valenciana traspasó ese límite hace tiempo. Lo hizo en tres momentos, al menos. Cuando decidió disfrutar de una larga sobremesa en un restaurante, sabiendo del desastre que sufrían sus convecinos. Cuando decidió acudir a un homenaje a las víctimas que dejó abandonadas. Y cuando dimitió pretendiendo que la víctima era él.

Inexplicable

Es inexplicable que un presidente autonómico no disponga durante horas de una información tan notoria y dramática como la de que una DANA está arrasando buena parte del territorio que le corresponde gestionar, dejando gran cantidad de víctimas a su paso. Y es aún más inconcebible que ese presidente, disponiendo de tal información, decida mantener una cómoda sobremesa durante horas, sin ponerse al frente del dispositivo de emergencia.

Resulta muy difícil entender, asimismo, qué pasa por la cabeza de un responsable público, incluso de cualquier persona, que decide acudir a un homenaje a las víctimas que no auxilió, cuando las asociaciones que les representan han suplicado que se les ahorre el bochorno.

Qué pasa por la cabeza de quien la propia mañana del homenaje institucional organiza un auto

aplauso, a la vista de aquellos que pueden reprocharle legítimamente la pérdida de sus seres queridos. Qué pasa por la cabeza de quien asume el desprecio de esas víctimas hasta el insulto a voz en grito.

Falta de empatía

La falta absoluta de empatía hacia el semejante que sufre es difícil de entender e imposible de aceptar. Especialmente cuando se tiene la responsabilidad de velar porque el semejante no sufra.

Las personas que sufrieron en la DANA y tras la DANA merecen de todos nosotros empatía y auxilio. Pero, sobre todo, merecen dignidad. Sobre todo, merecen dignidad por parte de aquellos que eligieron para gobernar.

Por desgracia, de aquel homenaje de Estado tan solo nos hemos quedado con la dignidad a gritos de las víctimas y con la indignidad en silencio del presidente valenciano.

Y merece la pena celebrar la consolidación de estos actos colectivos, sencillos, solemnes, públicos, laicos, que representan la memoria y el afecto de toda una sociedad hacia quienes demandan justamente memoria, afecto... y dignidad.

La conducta impropia del presidente de la Generalitat tuvo continuidad en su discurso de dimisión y en su comparecencia ante la comisión de investigación del parlamento valenciano. Autojustificaciones, en lugar de autocríticas. Ataques, en lugar de responsabilidad. Soberbia, en lugar de disculpas.

Esta actitud tuvo su indigno corolario en la negativa de los diputados populares a aplaudir a los representantes de las víctimas que

Las personas que sufrieron en la DANA y tras la DANA merecen de todos nosotros empatía y auxilio. Pero, sobre todo, merecen dignidad. Sobre todo, merecen dignidad por parte de aquellos que eligieron para gobernar.

acudieron a relatar su experiencia en la comisión de investigación del Congreso. La imagen de todos los representantes de la ciudadanía solidarizándose con aquellas personas sufrientes, mientras los diputados del PP y Vox les negaban el afecto, pasará a los anales del parlamentarismo como uno de sus episodios más lamentables.

Más indignidad

La indignidad de la gestión de la DANA ha tenido continuidad en la indignidad de la gestión de los cribados de cáncer en Andalucía o las listas de espera crecientes en la sanidad madrileña. No hay duda de que, en este último caso, el objetivo es sembrar la desconfianza generalizada en la sanidad pública, para impulsar el negocio del aseguramiento privado.

Se trata de acabar con nuestro Estado de Bienestar, para convertir España al credo trumpista del sálvese quien pueda pagar. Impuestos reducidos, servicios públicos precarizados para pobres y servicios de calidad al alcance solo de los pudientes.

La desgracia de las mujeres con cáncer abandonadas en Andalucía y el desastre de las listas de espera insoportables en Madrid responden a lo mismo. No son consecuencia de una gestión accidentada o deficiente. No traen causa en la falta de recursos.

Son malos gestores, pero no tanto. Y cuentan con más financiación que nunca en democracia, gracias al crecimiento económico del país y las transferencias récord que ordena el Gobierno de España a las Comunidades Autónomas.

Estamos ante la aplicación de unas convicciones ideológicas perfectamente identificables, un modelo de sociedad muy determinado. En ese modelo, cada cual ha de atender sus necesidades y propósitos conforme le vaya en la vida, según sus antecedentes familiares, según su clase social y, sobre todo, según la cantidad de dinero que haya logrado amasar.

Lo público ha de limitarse a un sistema asistencial mínimo,

que cubra las urgencias y los tratamientos más básicos. Tampoco se trata de que se nos muera la gente en la calle. Daría mala imagen. ¿Lo demás? Según merezca cada cual.

Hace años pude comprobar cómo se atendía a los estadounidenses en el vestíbulo del célebre Hospital Johns Hopkins en Baltimore. Al recién llegado no le preguntaban por su dolencia, como pasa aquí todavía, sino por el rango de su seguro privado. A partir de ahí, el itinerario variaba de la aspirina y a casa, hasta la atención exclusiva. Es un modelo.

La dignidad del Estado de Bienestar

En los años ochenta y noventa levantamos un auténtico Estado de Bienestar en España, en el que los servicios se prestaban por responsabilidad, no por negocio, y las necesidades se atendían por derecho, no según clase, apellido o dinero. Lo están desmontando, pieza a pieza. En Madrid comenzaron con la educación obligatoria, siguen con escuelas infantiles, las universidades, las residencias de mayores, la política de vivienda...

No se pueden reprochar las ideas desde las que gobiernan. Sí se ha de reprochar que no informen con claridad de las mismas a la ciudadanía. Que no quiere ese modelo en su gran mayoría, y que no les ha votado para ello. Porque la mayoría cree en la dignidad del Estado de Bienestar y la igualdad de derechos.

Ahora bien, andaluces, madrileños y demás ciudadanía tienen que saber qué compran cuando votan PP o Vox en unas elecciones. Compran esto. Y quienes deciden no votar, porque "todos son iguales" y "la política no va conmigo", han de saber también que con su actitud hacen posible ese modelo.

Después, el lamento sirve de bien poco.

Lo están aprendiendo en carnes propias las mujeres con cáncer abandonadas en Andalucía.

TEMAS

El presidente de la Generalitat Valenciana traspasó el límite de la indignidad en tres momentos: cuando decidió disfrutar de una larga sobremesa en un restaurante, sabiendo del desastre que sufrían sus convecinos; cuando decidió acudir a un homenaje a las víctimas que dejó abandonadas; y cuando dimitió pretendiendo que la víctima era él.